

SERMON

DE LA

TRANSFIGURACION.

Bonum est nos hic esse. Faciamus tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, & Eliæ unum. Non enim sciebat quid diceret.

Señor, mejor será que nos quedemos aquí. Hagamos levantar aquí tres tiendas; una para Vos, otra para Moisés, y otra para Elías. Porque no sabia lo que se decia. *En el Evangelio de San Marcos cap. 9. v. 4. y 5.*



NO hubo jamás espectáculo mas glorioso, ni mas admirable que el que pasó sobre el Monte Tabór en la persona de Jesu-Christo á vista de sus Apostoles, y que la Iglesia nos pone oy, y mañana delante de los ojos, para la instruccion, y para la edificacion de nuestras almas. En un santo, y apacible retiro, lejos de ruido, y del comercio de los hombres, en medio de una

jarga, y fervorosa oracion, de repente se muestra el Hijo de Dios en su grandeza, y en su gloria. Su rostro se deja ver resplandeciente; esparcese una claridad celestial al rededor de él; y penetrando, digamoslo asi, la Divinidad el velo de su carne mortal, deja ver sobre la tierra una imagen de la gloria que los bienaventurados gozan en el Cielo. Moisés, y Elías son los testigos fieles de estos mysterios, y aqui es donde se puede decir con San Pablo, que se vió la justicia de Dios, autorizada por la Ley, y por los Prophetas: *Nunc autem in justitia Dei manifestata est, testificata à Lege, & Prophetis.* (a) Pero lo que causa mas admiracion es que en medio de esta especie de triunfo no se hable, sino de pasion, de sufrimientos, de muerte, y de aquellos Sagrados, pero tristes Mysterios, que una excesiva caridad debia hacer cumplir en Jerusalén; para enseñarnos, que es necesario en las luces que Dios nos dá, en las gracias que nos hace, y en las prosperidades que nos embia, moderar nuestra alegria, á vista de las penas, y de las tribulaciones de la vida; y que en los trabajos, y malos sucesos de la vida, debemos sostener nuestra flaqueza con la esperanza de la gloria, que Jesu-Christo nos ha prometido.

Aunque todo parezca admirable en esta Transfiguracion de Jesu-Christo, no obstante, en ella todo es instructivo. La voz del Padre que se hace oír, nos encarga la obediencia: La magestad del Hijo que se hace ver, nos muestra nuestra bienaventuranza: Elías, y Moisés juntos, nos representan aquel temperamento de zelo, y de caridad, que hace à los hombres evangelicos: Los Apostoles ya absortos de alegria, ya abatidos de temor, son figura de esos christianos imperfectos à quienes las consolaciones afeminan, y las dificultades acobardan; y San Pedro, que por una indiscreta pasion de gozar de una

N 2

fe-

(a) Rom. 3. v. 21.

felicidad exterior, y anticipada, quiere establecerse sobre el Tabor, y no llegar al Calvario, ¿no es imagen de aquellos Christianos preocupados, que ponen toda su dicha en donde no puede hallarse, sin querer buscarla por los caminos que la Providencia divina les ha señalado? Sobre esta parte de nuestro Evangelio tengo animo de detenerme, como mas conforme á nuestras costumbres, para descubrirnos nuestros errores, y nuestras imprudencias en buscar nuestra bienaventuranza, y en procurar nuestra salvacion. Para hacerlo con mas fruto, imploremos el socorro del Espiritu Santo por la intercesion de Maria, diciendola con el Angel:

A V E M A R I A.

EL deseo mas vivo, mas racional, y mas natural al hombre, es el que tiene de ser feliz. Este deseo está gravado en el fondo de su alma, y acompaña á todos los designios, y á todas las acciones de su vida. Nada le puede convenir, nada le puede agradar sino con esta mira; ella es el fin á que refiere todo el bien, y aun todo el mal que hace, dice San Agustín; puesto que los pecadores buscan su felicidad en el cumplimiento de sus pasiones, así como las gentes de bien buscan la suya en la practica de la virtud, y de la justicia.

Lo que importa, pues, es conocer nuestra bienaventuranza, y los medios de conseguirla. Los Paganos, que no tenían sino las luces de una debil razon, pudieron ignorarla, y en efecto estuvieron discordes sobre este punto.

Pero los Christianos, despues que el Reyno fue anunciado, despues que Jesu-Christo por sus palabras, y por sus exemplos, ha trazado los caminos que conducen á ella, ya no deben engañarse mas. No obstante, la mayor parte falta á estos dos puntos; y aunque pidan

Dios todos los dias su salvacion, y al parecer tengan animo de adquirir la bienaventuranza, se les puede decir

lo

lo que el Evangelio dice de San Pedro, que no saben lo que se dicen: *Nesciebat quid diceret.*

Los unos están apegados al mundo, quieren hacerse felices en él, y no buscan la bienaventuranza donde conviene. Esta será mi *primera proposicion.*

Otros no siguen las reglas del Evangelio, y por deseos que tengan de salvarse, no la buscan como conviene. Esta será mi *segunda proposicion.*

Y ved aquí, Señores, el asunto de este Discurso, si me honrais con vuestra atencion.

PUNTO PRIMERO.

NADA hay de consecuencias mas peligrosas, que formarse una falsa idea de felicidad; porque siendo el fin la regla de nuestros deseos, y de los movimientos de nuestra alma, quando uno se engaña en el fin, se propone falsos medios, se alimenta de falsas esperanzas, se conciben falsos afectos, ó falsos odios, y siempre se camina por sendas extraviadas. Formase como un error universal que se esparce en toda la conducta de la vida; y este es el motivo porque el punto se desordena. Haviendo venido Jesu-Christo, dice San Chrysoftomo, para predicar, y establecer el Reyno de Dios, que es la bienaventuranza christiana, prohibió expresamente aficionarse á objeto alguno de la concupiscencia; dando á las riquezas, á la grandeza, y á la sabiduría mundana un caracter de reprobacion, porque de ordinario se pone en ellas la confianza, y en lugar de tomarlas por consuelos que Dios ha concedido á la miseria humana, se las mira como felicidades absolutas; y porque las ventajas de esta vida producen, y fomentan malos efectos, que resfrían el amor, y el deseo que debemos tener por la otra, segun las leyes del Christianismo.

Porque, Señores, hay una mala disposicion en el alma de

de

de la mayor parte de los Christianos, y aun en gentes buenas, que los aparta de su salvacion; quiero decir, grande aplicacion, y apego á esta vida presente, y una indiferencia, y gran tibieza por la que esperan en el Cielo. Refierele todo á sí, ó á lo que tiene conexion con ellos. Ocupanse de los deseos de su comodidad, de su salud, de su fortuna, de codicias, de esperanzas, de solicitudes por su establecimiento, ó de su familia; embarazanse enteramente en los negocios temporales, y echan á un lado los eternos. No piensan en ellos sino rara vez friamente, y ordinariamente los olvidan. Se hallan bien en este mundo, contentanse con los bienes que gozan en él, y no desean, ni buscan (á lo menos con ardor, y con afecto) los bienes eternos que Jesu-Christo nos ha prometido. Bastante se deja sentir este desorden, demasiadas experiencias tenemos de ello; y con todo eso, bien pocas son las personas que se examinan sobre este punto. Todo lo demás fácilmente se perdona, y aun las mismas gentes que parecen abrazar la piedad, no hacen reflexion sobre esto.

Yo, Señores, digo, que esto es buscar su bienaventuranza donde no está, y esto no conviene á un Christiano. Lo primero, porque así como hay malas obras, que nos excluyen del Reyno de los Cielos, también hay malas disposiciones, que nos apartan, y nos hacen indignos de él; esto es resistir al espíritu de Jesu-Christo, cuyo Reyno es Celestial, cuyas recompensas son espirituales, y cuyas promesas son eternas; porque los que se paran en las consolaciones pasajeras, y en las bendiciones temporales, por arregladas que sean por otra parte, tampoco merecen tener sino recompensas temporales, y pasajeras. En segundo lugar; este estado es contrario al espíritu de penitencia. Porque, ¿es acaso estar tocado del horror del pecado, vivir con gusto en el mundo, en donde todos los días se está en la ocasion, y en el peligro de cometerle? ¿Es amar á Dios, el complacer-

cerse en esta vida, y permanecer en la ignorancia de la verdad, estando en la incertidumbre de su amor, ó de su odio? ¿Es por ventura sentir su miseria, vivir contento con lo que se tiene, sin suspirar por lo que nos falta?

El que se halla gustoso en el destierro hace ver que no tiene mucho amor á la patria; y el que no gime como peregrino sobre la tierra, no se regocijará como Ciudadano en el Cielo: *Qui non gemit ut peregrinus, non gaudebit ut civis*. Estas son palabras de San Agustín. Lo tercero; este apego natural, y presente es contrario al espíritu de oracion, y de peticion; porque no estando tocados de nuestras miserias, no clamamos al que puede aliviarnos; y siendo la oracion una expresion de nuestros deseos, pedimos flojamente el Reyno de Dios, que no deseamos con afecto. De aquí provienen aquellas distracciones de espíritu, y de corazon, que nos hacen reflexionar sobre nosotros mismos, mal que nos pese, quando queremos recurrir á Dios. De aquí aquellas nubes de distracciones, y de aflicciones humanas, que se levantan entre Dios, y nosotros; aquellos deseos del siglo á que nos hemos acostumbrado; aquellas imagenes del mundo de que tenemos el espíritu lleno; aquellas memorias, y aun recuerdos voluntarios de los placeres, ó de las penas que nos suceden, de que está el corazon ocupado, que son otros tantos impedimentos para la oracion, y otras tantas señales de nuestra inclinacion al mundo. Lo quarto porque nada hay tan opuesto al Espíritu del Christianismo que tan necesario es para la salvacion. Desear, es amar un objeto ausente; Esperar, es desear este mismo objeto como asquible: Luego es destruir el espíritu el quitarle el amor, y el deseo: Luego aquel que se contenta con esta vida presente, y no desea la felicidad de la otra, no tiene esperanza Christiana. Estos son los principios de la Religion, y estos principios son los ciertos.

La fé, y la experiencia misma nos enseñan, que las

satisfacciones que se buscan en las cosas criadas, pueden ocupar nuestro corazon, pero no pueden saciarle, que su corta duracion no sirve sino de inquietar el espiritu del hombre, que por su disposicion natural desea poseer eternamente lo que ama, y no fue criado sino para un objeto permanente. Por eso toda la Santa Escritura trabaja en quitarnos este afecto, y esta inclinacion, que tenemos á las cosas del mundo; mostrándonos por su malignidad, por su fragilidad, y por su vanidad, que no pueden hacer nuestra dicha. Porque ¿qué es lo que nosotros podemos amar tanto? Una salud, que el tiempo arruina, y que se desordena por sí misma; una reputacion que muchas veces se gana sin merito, y se pierde sin culpa; unas alabanzas, que la mentira dá á la vanidad, y la vanidad paga á la mentira; un espiritu que se agrava con el descanso, y se consume con el trabajo; una fortuna, que se establece con dificultad, y de repente cae con su propio peso; una proteccion que vendrá por casualidad, y os quitaran por capricho; unas riquezas que disipais por vuestras profusiones, ó que se os quitan con violencia; unos amigos á quienes vendreis á ser indiferentes luego que seais menos felices. ¿Qué esperanzas podeis fundar sobre cosas tan poco solidas, y tan poco ciertas? Y con todo eso, ved aquí lo que compone esa decantada felicidad temporal de que las gentes del mundo estan tan preocupadas.

Acaso creereis vosotros, que no sois del numero de estos, porque teneis alguna apariencia de Religion. Pero examinad bien vuestra conciencia. ¿Buscais vosotros el hacer buenas obras por asegurar vuestra salvacion delante de Dios? ¿O buscais hacerlas brillantes para grangearos un merito delante de los hombres, en un tiempo en que la miseria se ha aumentado, y la caridad se ha resfriado? ¿Haceis, que pasen vuestras riquezas al Cielo por las manos de los pobres que socorreis, segun el consejo del Evangelio? ¿O las reteneis para hacerlas servir á vuestra

vanidad, y á vuestro luxo? Vosotros asistis al Sermon, ¿pero es con recogimiento, para edificaros, y alimentaros de la palabra de Dios? ¿Es con distraccion, y disipacion, corriendo de asiento en asiento todo un auditorio, aplaudiendo, ó censurando á diestro, y siniestro, para hacer de entendido? ¿De donde nace, que no pensais, sino en establecer vuestra familia; que para elevará uno de vuestros hijos llegais á ser, sin escrupulo, el tyrano de los otros, destinando estos á la Iglesia sin discrecion, y sin vocacion, para mezclar con las riquezas de iniquidad el Patrimonio del mismo Jesu-Christo; forzando aquella por disgustos continuos, y por violentas persuasiones á entrar en Religion; no para consagrarse á Dios por un sacrificio voluntario, sino para sacrificarse por desesperacion al adelantamiento de una hermana, ó á la ambicion de un hermano? ¿De donde nace, que encubriendo con esas practicas exteriores de devocion un corazon lleno de mundo, teneis una paciencia interesada que lo sufre todo de aquellos de quienes espera; una humildad contrahecha, que se abate para elevarse mas seguramente; y una modestia afectada para dar menos zelos á quien podia hacer oposicion á vuestra fortuna? ¿De donde nace, que no teniendo un momento seguro de vida, teneis siempre unas miras, y unas esperanzas para muchos años, que dilatais en vuestra imaginacion, segun os gusta estender vuestras pasiones, ó diferir vuestra penitencia?

¿Todo esto no proviene de un mismo principio? ¿No es por quererse abanzar, por querer vivir, por quererse acreditar, por quererse establecer aca abajo; sabiendo que no es esta vida, que no es esta gloria, que no es este establecimiento el que conviene buscar? Es ley eterna, é inviolable sobre la qual se funda toda la disciplina christiana, que nuestra principal, y unica pretension debe ser la posesion del Soberano Bien; que todos los bienes inferiores no deben ser sino medios de que es necesario usar con moderacion. La justicia, y el orden consiste en dar

de este modo el orden, y lugar á las cosas, segun, y como estan ordenadas por Dios, y reducir las á su fin, y á su legitimo uso. Luego es turbar este orden, reducir su deseo principal á cosas criadas, y pasajeras; luego es confundir los medios con el fin; luego es establecer su reposo en donde era necesario pasar de largo: y esto es lo que se hace sin sentirlo, sin percibirlo, por aquella ansia, y por aquel afecto que se tiene al mundo.

Acaso direis, que bien lejos de tener apego á la vida presente la teneis aversion; que los disgustos que se hallan en ella, las desgracias á que se está expuesto, las penas que se sufren bastan para desprender á uno de ella. Yo bien sé Señores, bien sé, que Dios ha sembrado, aun en las condiciones mas felices, amargas saludables, segun la expresion del Propheta; que ha querido desengañar á los hombres del mundo con el mundo mismo; y que por una prudencia del todo particular derrama, tan presto las prosperidades para darnos una idea de las felicidades eternas, tan presto las adversidades para inspirarnos el disgusto de esta vida temporal. Yo bien sé; que hay pocos corazones en donde no haya alguna raíz de melancolia, y de afliccion. ¿La perdida de los parientes, la infidelidad de los amigos, las revoluciones de la fortuna, no son accidentes bien ordinarios? ¿Qué reputacion hay por justa, y pura que sea, que no se halle, si no ajada, á lo menos acometida por la envidia, y la murmuracion? ¿Qué familia tan feliz, que no gima bajo el peso de las tribulaciones domesticas? Lo que hace decir á San Agustín, que ya casi no hay merito en dejar, y aborrecer el mundo, quando ha llegado á hacerse desagradable, quando ha perdido aquel falso esplendor, y aquellas apariencias engañosas con que solia encantar á los que le siguen: *Ut etiam speciem seductionis amiserit.* Pero lo mas deplorable es, que se lleva en él su Cruz sin merito; que se gasta inutilmente una penosa paciencia; que en lugar de expiar sus pecados por las mortificaciones, se aumentan;

tan; y lo que se sufre es una pena, y no una penitencia. Pero lo que mas espanta es, que por trabajosa que sea esta vida, estamos muy apegados á ella por no hacer digno concepto, ni estimacion de la que Dios nos prepara eternamente feliz.

Pongo aqui por testigos á vuestras conciencias. Vosotros os quejais del mundo, pero no os desprendeis de él. La codicia derrama sus lagrimas, como la caridad. Llorase en Babylonia, como en Jerusalem, pero este disgusto no nace de que deseais vuestra Salvacion; sino de que estais sumergidos, y no satisfechos en vuestros placeres. No es la caridad la que se aflige de estar apartada de Dios, es la codicia la que se queja de no poderse satisfacer. No es la alegria, ú la tristeza la que distingue delante de Dios, es sí el corazon, y el deseo; ¿y qué diferencia hallais vosotros entre los que tienen su consolacion sobre la tierra, y los que gimen de no tenerla? ¿Entre los que aman la vida porque gozan de los bienes del mundo, y los que la aborrecen, porque no llegan á gozarla como quisieran? Como quiera que sea, el menor rayo de fortuna disiparia vuestras tristezas; y la señal mas palpable de la pasion ardiente que teneis por el mundo es, que aun no puede ser apagada por el modo tan dominante, y tan tyrano con que os trata. Lo que hace ver que vosotros podeis no estar contentos, pero que aun no estais desengañados, y que buscáis en él vuestra felicidad en lugar de buscarla en la posesion del mismo Dios.

¿Quereis, pues, conocer si no teneis este apego á la vida presente? Pues juzgad vosotros mismos si teneis un disgusto general en todo aquello que os aparta de Dios: si caminais acá abajo con actividad como un pasajero que camina á largas jornadas ácia su patria; si temeis el peligro en que estais de perder la felicidad á que aspirais, si considerais como una desgracia el gozar para siempre de todos los bienes de la tierra, si fuese preciso verse pri-